

# Bosquejo de la crítica de la literatura infantil y juvenil en Latinoamérica

**Vanesa Castrillón Monsalve**

Docente de cátedra

Candidata a Doctora en Literatura Universidad de Antioquia

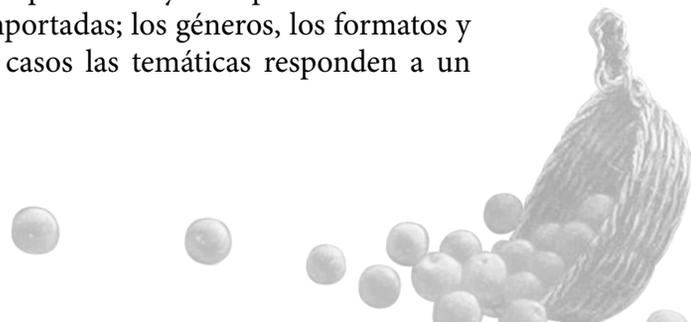
n este texto se hace un acercamiento al estado de los análisis sobre la crítica de la literatura infantil y juvenil (en adelante LIJ) en España y Latinoamérica estableciendo primero un diálogo entre algunos de los planteamientos que expone Antonio Cándido en su texto *Literatura y Subdesarrollo* (1991), los cuales pueden ser trasladados a los debates sobre las influencias extranjeras, evidentes los modos de circulación de la crítica, en la consideración de la calidad en las obras para niños, la relación entre alfabetización y el problema de la formación de públicos.

## **Influencia y analfabetismo en la literatura infantil y juvenil latinoamericana**

Para el caso de la noción de «influencia» retomada desde la perspectiva de Antonio Cándido, quien

plantea que hay un «vinculo placentario» y natural con las literaturas europeas por los procesos de conquista y colonización, puede decirse que nuestra literatura para niños no es ajena a estas herencias culturales, en parte porque las investigaciones españolas han contribuido a dar un panorama de su historia en Iberoamérica, las obras provenientes de otros hemisferios remotos son filtradas en el mercado editorial español, pero además la historia de la infancia y de la educación también tienen su punto de partida en el viejo continente, principalmente porque el discurso del reconocimiento del niño como sujeto social está asentado en las indagaciones del francés Philippe Ariès, presentadas en su obra *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen* (1960), que se han constituido en un referente histórico para su estudio.

Al igual que lo presenta Cándido, en el plano de la realización expresiva de la LIJ latinoamericana se reconoce la dependencia y se emplea en las formas literarias importadas; los géneros, los formatos y en algunos casos las temáticas responden a un



amplio universo cultural sin límites fronterizos y como se expondrá más adelante, los modos de circulación de la crítica a partir de las revistas culturales, la manera en que se estructura la información en ellas y el grado de especialización que tienen, también son imitados.

La noción de influencia de la LIJ pasa además por el problema del perfilamiento de un receptor, al tener presente el dilema sobre el apellido «infantil» o la señalada literatura de frontera, es decir, la «literatura juvenil», que busca su legitimación en la discusión sobre las convergencias o divergencias con la literatura general, como lo declara el profesor argentino Gustavo Bombini (2012) en su texto *Pasos para la construcción de una historiografía de la LIJ*:

(...) la pregunta por la especificidad retorna en cada texto y como hemos dicho el adjetivo “infantil” resuena disonante frente a ese riesgo, tan caro a la teoría de la literatura, de que andemos definiendo a la literatura por su destinatario. Crimen de lesa literatura truenan la academia y nosotros decimos que esa dimensión pragmática es insoslayable, que hace a la naturaleza material de ese objeto pero a la vez decimos que es necesario ir más allá en el recorrido por las definiciones posibles de objeto, sin circunscribirnos al campo de la teoría literaria, casi entendida como una disciplina de lo inmanente (p.43)

En lo concerniente a la producción crítica de la LIJ, la investigadora argentina Lidia Blanco en el prólogo de *Literatura Infantil. Ensayos críticos*, publicado en 1996, nos advierte sobre las grandes responsabilidades que deben asumir los escritores y en particular los que eligen al niño o joven como destinatario, pues deben sortear su oficio entre qué escribir y cómo escribirlo y las consideraciones de los mediadores, quienes toman en este caso la decisión sobre el destino del libro.

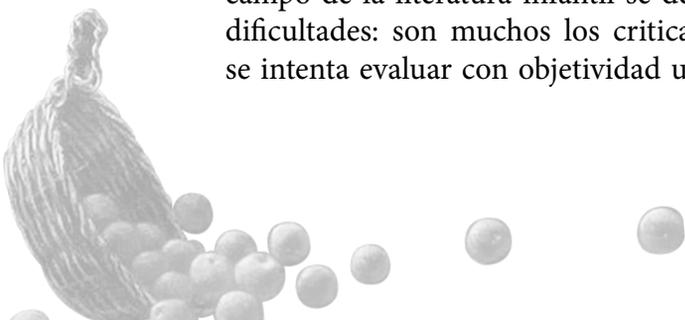
Por ello afirma Blanco (1996) que “la crítica en el campo de la literatura infantil se desarrolla con dificultades: son muchos los criticados cuando se intenta evaluar con objetividad un texto para

niños” (p.8). Esta particularidad podría deberse al carácter pedagógico y didáctico que se le ha otorgado en ciertos momentos a la LIJ, desde el que se ha protegido al niño de la historicidad, como un sujeto alejado del marco social, económico, político y cultural.

En este sentido, la influencia encuentra otros espacios de problematización en esta literatura y es la mirada a las disciplinas, que adheridas al concepto de infancia pretenden dictaminar lo que puede o no ofrecerse desde el hecho literario a su público.

Respecto a los diferentes debates sobre la complejidad que ha revestido la definición de la LIJ, Juan Cervera, catedrático de la Universidad de Valencia y figura destacada en las investigaciones sobre el tema, presenta su primer acercamiento al concepto, al entenderla como “todas las producciones que tienen como vehículo la palabra con un toque artístico o creativo y como receptor al niño” (Cervera, 1989, p.157). En su artículo titulado *En torno a la Literatura Infantil*, este autor aclara dos puntos controversiales justificando y exhibiendo sus argumentos de la siguiente manera: el rechazo de la existencia de la LIJ como literatura pierde actualidad y vigencia, porque estaba sustentada en la idea de la falta de calidad y condiciones literarias; para aquellos que asumen que todo es literatura y niegan la necesidad de hacer clasificaciones, desconociendo que existen producciones que también están destinadas al niño y sirven a sus necesidades desde supuestos psicopedagógicos, requieren entender que se haga una denominación específica a esta “parcela”, al igual que la aceptación y el reconocimiento de la existencia de la literatura negra, o la novela policíaca.

Esta calidad literaria de los libros, asociada a la selección de obras que en gran parte es una tarea que se ha atribuido el crítico, es catalogada por Colomer (1999) a partir del término de Patte (1988) «libros que no son nada» para referirse a aquellos que contienen “lugares comunes, personajes estereotipados, sentimientos tópicos,



motivaciones unívocas” (p.161), pero además los tacha de «inservibles» apoyándose en la función que les atribuye Bruner (1988) en tanto que “no permiten llegar a conclusiones sobre certezas de un mundo prístino, ni a las diversas perspectivas que pueden construirse para que la experiencia se vuelva comprensible” (Bruner, citado por Colomer 1999).

Respecto a la noción de analfabetismo y la formación de públicos lectores, Antonio Cándido indica que tienen estrecha relación con la debilidad cultural, porque hay carencia de medios de divulgación, los lectores literarios son una porción menor que el número de personas alfabetizadas, la profesionalización del escritor es poco probable y el ejercicio de la escritura es considerado marginal.

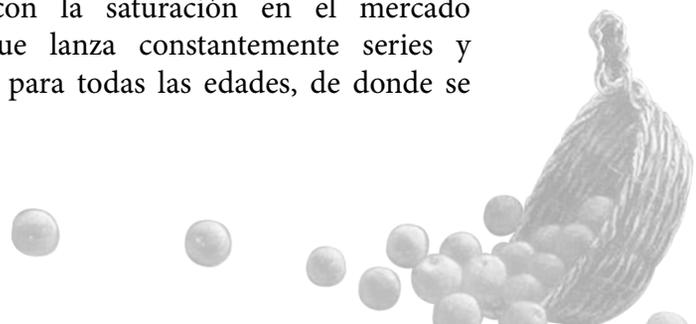
Trasladando este marco de comprensión a la LIJ pueden examinarse diferentes asuntos: la alfabetización se inicia en el espacio escolar, pero la formación literaria está supeditada a las leyes de fomento de la lectura que tienen una visión lúdica de la promoción del libro y arraigadas a la idea de que solamente debe leerse por placer, intentando convertir a los alfabetizados en consumidores culturales que terminan engrosando las cifras de la cultura de masas a la que también hace alusión el crítico brasileño, cuando explica que en la mayoría de los países latinoamericanos hay grandes masas de alfabetizados que no alcanzan la literatura erudita y son zambullidos “en una etapa floklórica de comunicación oral” (Cándido, 1991, p.339). Asimismo, la emergencia y consagración de los escritores está sujeta a los criterios del mercado editorial que acapara además los denominados premios literarios y que condiciona a su vez las temáticas que se pueden tratar y los valores que se deben divulgar en las obras literarias, ya que tienen que estar en consonancia con las etapas del desarrollo de los niños y de los jóvenes.

## Estudios sobre la crítica de LIJ: España y Latinoamérica

En su artículo *Apuntes para un análisis de la crítica de literatura infantil*, Diego Gutiérrez del Valle, colaborador del Equipo Peonza, revista española especializada en LIJ con más de 32 años de trayectoria, hace un análisis sobre el tema específicamente en el contexto español, apuntando a que el ejercicio de la crítica de LIJ en su país se reduce a intentos autodidactas que carecen de tradición y calidad de análisis. Esta carencia en crítica especializada de LIJ, la atribuye Gutiérrez (1999) a que a pesar de “sus enormes cifras en ventas y al reconocimiento universal del papel decisivo que desempeña en la formación estética y del pensamiento del niño, la atención que se le dispensa en los medios de comunicación es escasísima” (p.7).

Agrega además Gutiérrez (1999) que a esta escasa difusión de la crítica de LIJ en los medios de comunicación se le suma la limitada divulgación que hacen las revistas culturales que se ocupan de ella, lo que contrasta con el incremento en la necesidad formativa de los receptores que están en contacto con el libro infantil como son los editores, los autores, los bibliotecarios, los promotores de lectura, los profesores y los padres de familia.

Esta preocupación que expresa Gutiérrez (1999) contrasta con la saturación en el mercado editorial que lanza constantemente series y colecciones para todas las edades, de donde se



deriva, según este autor, la primera tarea de la crítica: la selección de las obras. Dicha selección exige a quienes la ejercen (grupos de profesores e investigadores, libreros, bibliotecarios) pasar por criterios amplios y bien fundamentados los títulos y elaborar hojas informativas, reseñas y orientaciones claras sobre las ediciones de los libros de LIJ; labor que implica una función mediadora, en tanto que va destinada posiblemente a otros mediadores como profesores, promotores de lectura y padres de familia.

Una muestra de este ejercicio de selección de obras se evidencia en revistas especializadas con una larga trayectoria en el medio, como por ejemplo, la *Revista CLIJ* (con más de treinta años y 297 números ofrecidos bimestralmente, tanto en formato impreso como en formato digital), en la que se destina una sección a la recomendación de libros por edades, en este caso particular los títulos son recomendados para niños entre los 0 años, adolescentes hasta los 14 años e incluso personas mayores de 14 años.

El segundo paso que plantea Gutiérrez (1999) como tarea de la crítica es el comentario crítico de libros que se añade a la tarea de selección y, en el cual, el experto en LIJ da una valoración del contenido de los títulos, poniendo de relieve unas obras sobre muchas otras (aproximadamente 5.000) que son publicadas anualmente en su país. El último elemento que plantea Gutiérrez (1999) como tarea de la crítica es la labor investigativa que se da mediante la publicación de artículos,

libros teóricos e históricos, ya sea acerca de una obra o de un autor.

Así para este autor, la crítica literaria general exige unos conocimientos vastos en filología y un bagaje cultural amplio que giran en torno a lo literario y, en ocasiones, a variaciones históricas o sociológicas. Sin embargo, en la crítica de la LIJ hay que tener en cuenta ciertos elementos que le imprimen complejidad, ya que depende de los adjetivos que indican su tipo de público, es decir, se tienen en cuenta obras infantiles dirigidas lingüísticamente a niños pequeños, pero también se cuenta la literatura juvenil que no tiene una delimitación por edad y varía en su extensión, sobre todo lo referido a las novelas juveniles. A partir de esta clasificación etaria debe contarse entonces con un abanico de obras que comprenden los libros ilustrados, las historietas, los cuentos de tradición oral y los álbumes, lo que conlleva a entender no solamente los rasgos literarios de las obras, sino también los criterios que rigen el lenguaje icónico y, en este aspecto, las funciones que cumple la imagen en relación con el texto. Desde esta perspectiva, Gutiérrez (1999) afirma que la crítica de LIJ “se configura como un campo específico de la crítica literaria general” (p. 10).

En cuanto al segundo elemento, que son los comentarios de libros o las reseñas en revistas especializadas, el autor hace un llamado al deber del crítico y sus responsabilidades, cuando expresa que, por lo regular, los comentarios son benevolentes con autores, ilustradores o editores o caen en la reiteración de frases y en la explicación del argumento de las obras, posiblemente por el condicionamiento de los editores de dichas publicaciones y que terminan anulando el carácter agudo que debería tener la crítica.

Frente al tercer elemento que está referido a la tarea investigativa mediante la publicación de artículos o de libros sobre autores u obras, puede decirse que por su especificidad son destinados a un público experto o a interesados en los temas que se desarrollan allí y cumplen una función



primordial al brindar apuntes sobre tendencias y panoramas de épocas específicas.

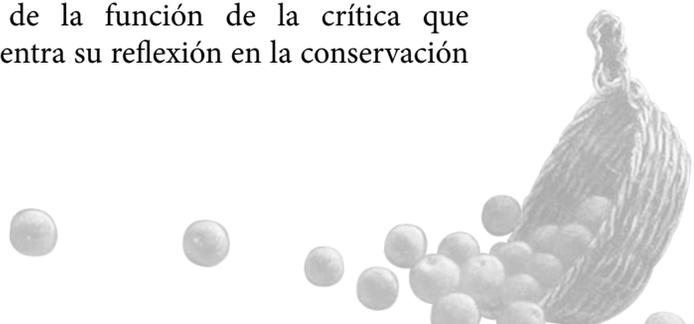
Respecto a los apuntes de Gutiérrez sobre los pasos o tareas en la crítica de LIJ española vistos desde el panorama de la divulgación en revistas especializadas en LIJ, el panorama en Colombia no es tan disímil. De esta manera pueden establecerse paralelos entre la sintaxis de algunas revistas españolas como *CLIJ*, *Peonza*, *Babar* y *El Templo de las mil puertas*, con revistas colombianas de LIJ como *Hojas de Lectura* y *Nuevas Hojas de Lectura*. En estas últimas existe la sección *Reseñas*, la cual se constituye como una guía de lecturas evaluadas y seleccionadas por la Red Prolectura de Colombia, con una clasificación por etapas según las edades y niveles de lectura de sus receptores y que tiene la misma función que las secciones *Libros*, en *CLIJ*; *Biblioteca*, en *Peonza*; *Libros*, en *Babar*; y *Reseñas*, en *El Templo de las mil puertas*. Los ejes centrales de la crítica de estos textos, como se explicita en el preámbulo de la sección son factores textuales, gráficos y editoriales.

Otro estudio realizado en España sobre la crítica de LIJ es el de Xavier Mínguez López, quien en su

artículo *Una crítica para la LIJ desde la Educación literaria*, ofrece un marco para ejercer la crítica de LIJ respetando sus peculiaridades desde tres elementos claves, que para el autor han sido problemáticos y, que son a su vez, el triángulo que define la LIJ: la valoración de la literariedad de las obras, el tratamiento del aspecto educativo y las restricciones formales o expansiones, condicionadas al público receptor al que se dirige (Mínguez, 2015).

Los planteamientos de Mínguez sobre el desequilibrio entre el auge que debería tener la crítica de LIJ frente al crecimiento de su producción, coinciden con las ideas expuestas por Gutiérrez sobre la insuficiente atención que se le ha dado. Sin embargo, para Mínguez (2015) esto se presenta “en gran medida a la falta de un marco teórico definido que equilibre los diferentes aspectos que intervienen en la confección de un libro dirigido a un lector en formación y a su educación literaria” (p. 110).

En gran parte del artículo Mínguez (2015) toma una posición en la que cuestiona la visión tradicional de la función de la crítica que solamente centra su reflexión en la conservación



de un canon literario, en el que se establece diferencias entre libros buenos y malos o se cataloga de “injusto” el éxito que alcanzan algunos libros, que además se convierten en libros de moda, cuyo éxito en algunas ocasiones no necesariamente está desligado de su calidad literaria.

En este punto, hace un examen sobre las concepciones de la función de la crítica de LIJ en algunos investigadores como Teresa Colomer o Gemma Lluch, señalando que para ambas esa función de la crítica es la de seleccionar libros, ya sea como en el caso de Teresa Colomer desde el *New Criticism*, en el cual la autora tiene en cuenta aspectos como la ilustración, la estructura de la historia, el estilo, los personajes, los temas y la intertextualidad o como en el caso de Lluch, desde un análisis que comprende el contexto comunicativo, la comunicación literaria, los paratextos y la narración.

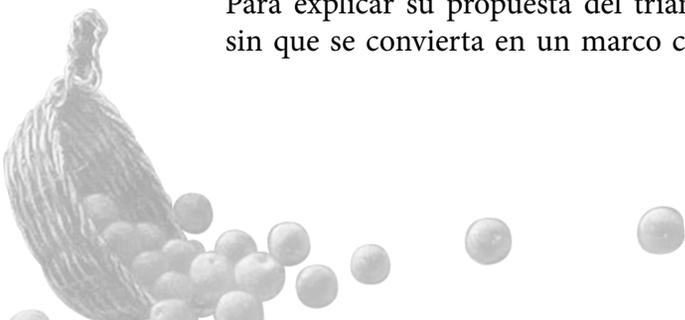
Uno de los aspectos fundamentales de esta revisión que hace Mínguez (2015) es la recapitulación de las funciones de la crítica de LIJ española en tres aspectos: la selección, que puede darse por géneros, temáticas o por la prescripción indirecta de las recomendaciones y rechazos de su análisis; la comparación, desde la categorización que hace la crítica se pueden establecer comparaciones con otras literaturas, otros autores o entre libros; la valoración, que contiene la opinión personal del crítico, la creación de cánones y listas de honor y en ocasiones, el apoyo a mediadores y prescriptores. En su artículo Mínguez (2015) manifiesta entonces que aboga por una crítica de carácter didáctico, esto quiere decir que debe tratar de profundizar en lo que el texto aporta al lector niño para su educación literaria, que incluya el placer de la lectura, los aportes del adulto; que posea características impresionistas, rigurosidad y buena fundamentación, cuyo punto de partida sea el eclecticismo.

Para explicar su propuesta del triángulo crítico sin que se convierta en un marco cerrado y sea

aplicado con un carácter de receta, Mínguez (2015) se vale de la función de la crítica planteada por Ballart (1997, citado por Mínguez, 2015) en la que se afirma que la opinión del crítico debe estar argumentada en la descripción, la interpretación y la valoración de la obra, lo que implica trascender el simple hecho de analizarla con base en las preferencias personales, sin olvidar que por la diversidad de los métodos e instrumentos de análisis en el ejercicio de la crítica, el crítico debe reconocer la parcialidad de sus intereses. Lo que propone Mínguez en el triángulo crítico es un análisis respaldado en tres ejes que para él sustentan su concepción de LIJ: un eje literario, un eje del lector modelo y un eje formativo. Desde estos tres ejes aplica el autor su análisis indicando que, en el primero que se refiere a la calidad de lo literario, los intereses particulares de la crítica deberían dirigirse a determinar qué libros son literatura y qué libros pertenecen a otros usos o categorías, la valoración de un uso adecuado del lenguaje, la evaluación de los recursos de los escritores para conseguir que los lectores se emocionen con la lectura y la revisión de los límites para no sobredimensionar los recursos literarios.

En cuanto al eje del lector modelo, el autor advierte que lo primordial al juzgar la LIJ es centrarse en el lector modelo primario que vendría siendo el niño o el joven, y no en las posibles audiencias secundarias como los mediadores adultos, bibliotecarios, profesores y padres de familia. Esto implica adecuarse al lector modelo desde dos puntos de vista: uno ideológico y lingüístico y otro desde la construcción de la infancia.

Sobre este asunto, la investigadora argentina Analía Skoda (2012) plantea en su texto, *La LIJ en los márgenes de la crítica literaria*, que es necesario examinar la “cualidad de adaptabilidad al lector” (p.3), es decir, el grado de complejidad que requiere el lenguaje literario para lograr la sencillez estética sin caer en una suerte de pobreza léxica donde se subestima a los receptores, contribuyendo con esto a lo que ella



denomina “devaluación de la calidad literaria” (p.3). Sostiene Skoda (2012) que esta situación podría subsanarse entonces con un adecuado desarrollo de la crítica de esta literatura.

Por último, el componente educativo y de formación literaria es para el autor un eje secundario, aunque relevante en la medida que es un punto de confluencia de los otros dos ejes. Desde este componente señala Mínguez (2015, p.121) que es importante “desde el punto de vista de la crítica, no tanto dar cuenta de los valores que transmite (o que trata de transmitir un libro determinado) sino valorar *de qué manera* los transmite”.

En la misma línea de análisis de la relación entre literatura general y literatura infantil la investigadora costarricense, Magdalena Vásquez Vargas, desarrolla en su artículo *Fundamentos teóricos para una interpretación crítica de la literatura infantil*, publicado en el año 2013, un acercamiento crítico a la LIJ desde la revisión de instrumentos teóricos para interpretarla como son el concepto de intertextualidad, el proyecto ideológico y el proyecto de escritura.

Vásquez entiende el concepto de LIJ como un espacio comunicativo y de provocación, en el cual el crítico debe responder a dos tareas; en la primera, debe propiciar nuevos canales para que el sentido de las obras sea explicado desde sus leyes, estructuras, dimensiones formales, temáticas e ideológicas y en la segunda debe desarrollar el genio creador, con el cual debe entender el mundo de la invención infantil. En este sentido, concibe la actividad crítica como un diálogo entre el sujeto crítico y la obra como instancia significativa.

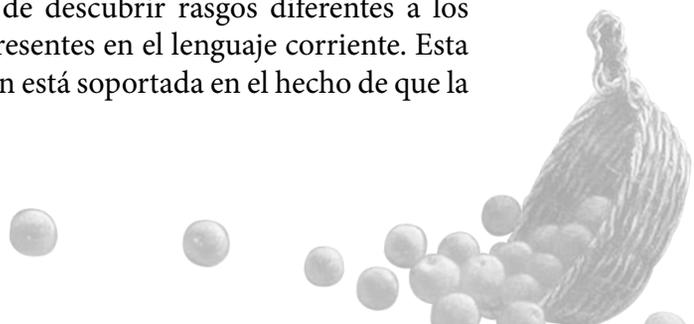
Esta autora hace además una serie de consideraciones respecto al análisis de las obras literarias subrayando que es importante partir de las características de estas, con el fin de tener un marco discursivo del género que esté en coherencia con la retórica y la estructura elegida por quien las escribe. También plantea que a raíz

de la idea que señalan Fokkema e Ibsch sobre el dinamismo de la literatura como un concepto que debe determinarse en sus aspectos diacrónicos y sincrónicos, las denominaciones y clasificaciones de la literatura son peligrosas, porque restringen el campo de percepción de las obras y parcializan la mirada hacia ellas.

Una de las advertencias que hace Vásquez (2013) es que han sido pocos los críticos que analizan a la LIJ desde los parámetros que requiere como literatura, lo cual ha llevado a relacionarla directamente con otras disciplinas como la pedagogía, la psicología, la antropología o la sociología y aunque los aportes de dichas disciplinas han sido importantes, esta autora considera que el acento de la crítica debería recaer en la literariedad.

Para apoyar este argumento esta investigadora retomamos planteamientos de García (1992) cuando afirma que la crítica de LIJ debe ser especializada sin tener diferencias en los postulados de otra manifestación o género de la literatura y, con ello, se valoraría la acción receptora del niño como un lector capaz de responder a las interpelaciones de los libros y se liberaría de la marginación a la que ha sido sometido. Este último aspecto se constituye en una de las principales banderas de la tarea del crítico, pues para la autora “la crítica que se efectúe de la LIJ debe estar orientada a la reivindicación del niño y de su mundo, ya no como elementos manipulados e intrascendentes sino como entes activos y autónomos” (párr.18)

La perspectiva de análisis que propone entonces Vásquez (2013) no dista mucho de lo que expone Mínguez en su eje del lector modelo, ya que al entender la obra literaria como espacio comunicativo y de provocación, lo que está reafirmando es el papel del niño lector como un receptor, que aunque no sepa explicar los recursos lingüísticos del texto literario o las construcciones sintácticas que hay, por ejemplo, en un fonema, sí es capaz de descubrir rasgos diferentes a los que están presentes en el lenguaje corriente. Esta comprensión está soportada en el hecho de que la



obra es concebida desde una conversación entre el autor y sus lectores, el lenguaje es presentado de manera lúdica, proyecta imágenes de una realidad que le permite soñar, evocar e imaginar otros mundos (Vásquez, 2013).

Contrario al planteamiento de la asunción exclusiva de una postura para el ejercicio de la crítica de LIJ, en el trabajo de Magdalena Vásquez se aboga por una crítica que acoja tanto las teorías formales y sociales de la crítica para desvelar el sentido de las obras desde dimensiones que permitan la conjunción de elementos estructurales y de recursos retóricos.

En ese abanico de posibilidades de análisis se enfatiza en lo que ella denomina “la conformación de un proyecto de escritura”, que está directamente relacionado con el enfrentamiento del crítico al universo literario de los autores, al reconocimiento de ideologías implícitas en las obras y de elementos propios de lo cultural que orientan la actividad de producción escrita.

En el texto *Cara y cruz de la literatura infantil* (2001) de la investigadora y crítica de LIJ argentina, María Adelia Díaz, convergen asuntos de los que se han ocupado tanto los investigadores españoles como algunos estudiosos latinoamericanos ya mencionados aquí. En el caso concreto en el trabajo de esta autora pueden reconocerse unas

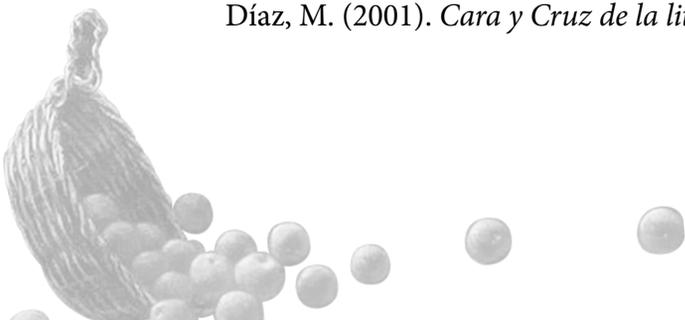
fuertes críticas al desprecio que muchas veces se ha hecho del lector niño o joven, un señalamiento puntual como intrusas a otras disciplinas en el campo de la LIJ, que como lo denunciaba Vásquez, vician el análisis crítico o lo reducen a fórmulas de selección etaria, tematización o didactización de la literatura. Este texto de Díaz (2001) intenta mostrar las categorías de análisis para el objeto literatura, mediante una recopilación de reseñas bibliográficas asentadas desde la visión desde la perspectiva escolar.

Se pueden evidenciar en estos artículos abordados, algunos puntos que son reiterativos como los rasgos de la concepción de LIJ que poseen los críticos; la necesidad de categorizar las tareas del crítico desde la comprensión del lenguaje que caracteriza a esta literatura; las regulaciones internas que tienen las producciones escritas; la valoración del receptor niño o joven que entabla un diálogo con un autor, que a su vez, dimensiona al lector y pone en juego su genio creador (desde el tratamiento estético del lenguaje), quien además tiene el rol de alternar el contexto sociocultural tanto del lector como de la obra con sus ideologías.

Todos estos elementos pueden definir también los caminos de los análisis del crítico de literatura infantil y juvenil, sin perder de vista que esta es, ante todo, literatura.

### Referencias Bibliográficas

- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Blanco, L. (1996). *Literatura Infantil. Ensayos críticos*. Colihue.
- Bombini, G. (2012). *Pasos para la construcción de una historiografía LIJ*. Kapichuá.
- Cándido, A. (1991). *Literatura y subdesarrollo. Crítica radical*. Biblioteca Ayacucho.
- Cervera, J. (1992). *Teoría de la Literatura Infantil*. Universidad de Deusto: Ediciones Mensajero.
- Colomer, T. (1999). *Introducción a la literatura infantil y juvenil*. Síntesis Educación.
- Díaz, M. (2001). *Cara y Cruz de la literatura infantil*. Lugar Editorial.



- Etxaniz, X. (2002). *La crítica de la literatura infantil y juvenil en lengua vasca hoy*. Ohienart, 19: 165-172.
- García, J. (1992). *Literatura infantil y educación*. En Aa. Vv.: *Literatura infantil y enseñanza de la literatura*, Cuenca, Universidad de Castilla – La Mancha, pp. 13-26.
- Gutiérrez, D. (1999). *Apuntes para un análisis de la crítica de literatura infantil*. Recuperado de: Peonza: *Revista de literatura infantil y juvenil*. 1999, N° 51
- Lluch, G. (2004). *Cómo analizamos relatos infantiles y juveniles*. Bogotá: Norma.
- Mínguez, X. (2015). *Una crítica para la Literatura Infantil y Juvenil desde la Educación literaria*. Universidad de Valencia.
- Patte, G. (2003). *La lectura, un asunto de familia*. En: *Nuevas Hojas de Lectura*, Bogotá: Fundalectura, N°2, pp.3-19
- Skoda, A. (2012). *La literatura infantil y juvenil en los márgenes de la crítica literaria*. Gramma, Vol. 1, N°. Extra 4, pp. 217-222.
- Vásquez, M. (2013). *Fundamentos teóricos para una interpretación crítica de la literatura infantil*. *Revista Comunicación*, 12(2), 121-144. <https://doi.org/10.18845/rc.v12i2.1204>.

